

lágrimas. Las blasfemias de los verdugos se mezclaban con la oracion de las victimas. Heridas, mordidas, desgarradas, pisoteadas, no tardaron en parecer mas bien que figuras humanas masas informes manchadas todas de sangre y lodo. Cuando aquellos hombres se cansaron de pegarlas y Macrina y algunas otras menos maltratadas pudieron recorrer aquel nuevo campo de batalla, tuvieron que ofrecer á Dios un nuevo sacrificio. Dos hermanas habian perecido; la una por haberla roto la cabeza con la herradura de una bota, y la otra estaba tan desfigurada que no pudo saberse de qué golpe habia muerto. Otras ocho, aunque todavia respiraban; pero unas tenian arrancados los ojos, y otras tenian rotas las piernas por diferentes puntos. Macrina pidió se la permitiese cuidar á sus hermanas; pero habiéndose tenido la crueldad de ponerla por condicion para ello la apostasia y negándose ella á esto, tuvo que retirarse y dejar abandonadas á sus compañeras mutiladas y moribundas.

Un caballero, llamado Walenkienowicz, se atrevió á disponer un funeral por las hermanas que habian sucumbido en aquella horrible escena; pero le prendieron en su propia casa, le amarraron y le deportaron á la Siberia. Una comunidad de dominicos, que aun subsistia en el pais, fué acusada de haber orado por las hermanas martirizadas, y esto bastó para que inmediatamente se la echase del convento y se la dispersase. A pesar de esto, los habitantes de Polock, á quienes repugnaban tantos horrores, no guardaban ya silencio; así es que la agitacion iba de dia en dia creciendo. Las autoridades rusas decidieron que las hermanas saliesen para Miedzioly, pequeña ciudad rodeada de lagos en la provincia de Minsk, donde hay un convento de *hermanas negras*. Hízoselas salir de noche, y á pie, no solo á las que estaban mas fuertes, sino á

todas, aun á las que habian quedado ciegas y á las que con sus heridas, tanto mas funestas cuanto que no habian sido cuidadas, tenian horriblemente desfigurado el rostro. Las hermanas que habian perdido el uso de sus piernas, fueron llevadas por los cosacos en unos carros descubiertos.

En Miedzioly se las dividió, como en Witepsk, en cuatro grupos, y á cada uno de estos se le hizo sufrir su persecucion particular. Cuando alguno iba á sus calabozos, no dejaba de anunciarles la mentirosa y falsa noticia de que algunas de sus compañeras habian renunciado á su fé, y hasta les referian las palabras que falsamente suponian habian dicho, todo con el fin de hacer que las que lo escuchaban siguiesen su ejemplo. Mas como no salió bien este grosero subterfugio, como ni siquiera manifestaban el menor recelo de que lo que se les decia fuese verdad respecto de ninguna de ellas, se imaginó un nuevo tormento sugerido por la proximidad de las aguas del lago.

Se las hacia meter en unos sacos que se les ataban al cuello, y luego unos diáconos se metian en una barca y desde ella tiraban de aquellas desgraciadas mugeres, sumergiéndolas en el lago, pero teniendo cuidado de que la cabeza les quedase sobre el agua. Despues comenzaba un atroz paseo que durante dos ó tres horas no era interrumpido sino para preguntarlas si persistian en su resistencia, ó para hacer volviesen en sí y pudiesen sentir sus penalidades las que en fuerza de estas se habian desmayado y perdido el conocimiento. Tres hermanas murieron con este tormento y se las enterró á orilla del lago; pero la piedad de los habitantes de Miedzioly les movió, como á los de Polock, á esconder sus cadáveres para darles mas honrosa sepultura.

A los dos años de estar en Miedzioly, ya no quedaban mas de catorce hermanas de las

treinta y cuatro de Minsk, á las que se habian gregado las catorce de Witepsk y las diez de Polock. Conocemos ya el estado de ocho de ellas. Las otras seis no estaban mutiladas, pero se hallaban tan fatigadas por sus largos padecimientos que apenas podian sostenerse. Macrina sufría horribles dolores de resultas de un palo que la habian dado en la cabeza. Algunos huesos que se habian cariado, se los sacó como pudo; pero la llaga siempre abierta habia engendrado gusanos y estos producian dolores tan vivos y permanentes que á las veces temia Macrina volverse loca.

A pesar del deplorable estado en que se encontraban estas catorce victimas, se decidió que fuesen á acabar en Siberia lo que les quedaba de vida, y que para enviarlas allá se aprovechase la ocasion del convoy que pasaria por Miedzioly y que conducia tambien á Siberia algunos frailes basilios.

Pero Dios, que habia dedicado quedasen algunas de estas santas heroínas para dar testimonio, á la faz de la Europa católica, de la política opresiva y bárbara de Nicolás de Romanow, Dios favoreció la evasion de Macrina y de tres compañeras suyas. Permitted primero que del mal que padecia fuese curada por un aldeano que con peligro de su vida pudo llegar hasta ella, porque creia haber recibido para ello orden del mismo Dios. Luego que se cerró la llaga, Macrina volvió al libre uso de su razon y Dios la dispuso para una pronta fuga.

La fiesta del protopope fué para el convento de las *hermanas negras* ocasion de una orgía mucho mayor que la que hasta entonces habian visto las hermanas católicas. Popes, *hermanas negras*, y guardas, todos se emborracharon. Por la noche la embriaguez llegó á su colmo, y cada cual se echó á dormir en el primer sitio que encontraba. Macrina, despues de una oracion fervorosa al Señor,

creyó deberse aprovechar para su fuga del pesado sueño que embargaba á los encargados de vigilarla; pero la causaba pena marcharse sola, y así se aventuró á ir á buscar á sus compañeras y tuvo la fortuna de encontrar á las hermanas Wawrzecka, Pomernacka, y Konarska, á las cuales comunicó su proyecto. Aprobáronle en seguida y fueron con ella á uno de los patios del convento que estaba plantado de grandes árboles contiguos á la pared de la cerca.

Allí Macrina y sus compañeras, despues de haberse encomendado á Dios, se subieron por los árboles al alto de la tapia. La altura de esta era grande y al contemplarla las compañeras de Macrina creyeron que en vez de la libertad era la muerte lo que iban á encontrar al otro lado de la tapia. Pero afortunadamente hacia unos dias que estaba nevando con tanta abundancia que habia en el suelo mas de dos pies de nieve. «Ánimo, hermanas mías, dijo Macrina; ya veis que Dios ha tendido un colchon al pie de estas paredes; dejémonos pues caer.» Aturdidas del golpe de la caída, estuvieron un momento sepultadas bajo la nieve; pero cuando se encontraron todas cuatro sin ninguna contusion, llenas de reconocimiento se arrodillaron en aquella nieve de que Dios se habia servido para preservarlas de todo mal y cantaron un *Te-Deum* en accion de gracias.

Conocieron desde luego la necesidad de separarse si querian librarse de las pesquisas, y así despues de haber designado para punto de reunion una ciudad cerca de las fronteras, se abrazaron tiernamente y cada una echó por diferente camino. Nosotros seguiremos á Macrina en su viage. Al dia siguiente á su fuga, se encontró ya con algunos aldeanos á quienes se habia mandado ir en busca de las fugitivas. Dios permitió que nada sospechase de ella; pero este primer peligro la hizo mas

tímida, y así se internó por los bosques donde durante cuatro días no tomó más alimento que el agua de las fuentes que encontraba. Al quinto día, viendo que la abandonaban las fuerzas, se resolvió á llegarse á la cabaña de un leñador, después de haberse cerciorado de que en ella no había más que una muger. Acercóse pues y pidió un poco de pan, que la muger le dió con mucho agrado. Animada con esto Macrina la dijo hácia dónde pensaba ir y la preguntó qué camino debía de seguir. La muger del leñador se sonrió diciéndola que era una locura emprender tan largo viage; pero que, eso no obstante, se hallaba efectivamente en el camino que conducía á la ciudad á donde quería ir. Ignorábalo Macrina; pero estaba visto que Dios había sido su guía.

No tardó en padecer de nuevo las angustias del hambre, y las noches pasadas al sereno en el duro suelo con un tiempo frío y lluvioso la causaban dolores en todo su cuerpo que la hacían retardar su marcha. «Afortunadamente, dice ella misma, encontré un rebaño de carneros, y sin que me viese el pastor, me metí entre algunos carneros y pasé una noche tan buena y estuve tan caliente, que esto me restableció casi del todo.»

Pero en el curso de este laborioso viage sobrevino un tiempo tan frío y tan recio que Macrina se veía abatida. Habiendo llegado á una población bastante considerable, que ella no intentaba más que atravesar de seguida, la hicieron traición sus fuerzas, y conoció era imposible pudiese pasar de allí. «Dios mío, decía, si habeis decidido que llegue al término de mi viage, el paso que voy á dar no me lo impedirá; si no, hágase vuestra santísima voluntad.» Y por primera vez, desde que había emprendido su viage, fué á llamar á la puerta de una casa de buena apariencia. Encontróse allí con una muger sola, y la dijo:

«Voy á morir de hambre y de frío, si no tenéis compasión de mí.» Aquella muger la hizo sentar junto á la lumbre y la preguntó quién era. «Yo, la contestó Macrina, soy una de las cuatro religiosas de San Basilio que han logrado escaparse del convento cismático de Miedzioly.»—«Dios mío, exclamó aquella buena muger, ¿cómo he merecido yo que Dios se digue enviarme una de estas santas mártires? En seguida manifestó tan grande respeto á Macrina que esta en su modestia se turbó. Pasó cerca de una semana en casa de aquella buena muger, y cuando se separó de ella le dió una buena toca, un morral bien lleno de provisiones, algunos dízeros y un seguro itinerario de la ruta que había de seguir con los nombres de algunas personas en cuyas casas podría con toda seguridad pedir albergue.

Los nombres de estas personas que efectivamente practicaron con ella la más benévola hospitalidad, así como el nombre de aquella buena muger que con ella había hecho el oficio de buen ángel, Macrina los pronunció delante de los redactores de su historia; pero no nos es permitido, añaden estos, repetirlos, porque se les castigaria como reos de alta traición por no haber entregado á los agentes del emperador una pobre muger de sesenta años, harto quebrantada por siete años de padecimientos y de miserias.— Llegado que hubo Macrina á la ciudad designada como punto de reunión, no encontró en ella más que á sor Wawrzecka; pero después supo que las otras dos hermanas habían podido llegar á la Galitzia. Ocho días pasó en aquella ciudad, cuyo nombre tampoco se designa, porque habiendo manifestado tanto interés por las religiosas, seria quizá esponerla á ser víctima del furor de las autoridades rusas.

Para que Macrina pudiese atravesar la

frontera, se aprovechó la ocasión del paso de numerosos rebaños. Mezclada con los pastores, cuyo traje se había puesto, burló la vigilancia de los empleados rusos, y por fin pudo llegar á Posen después de un viage tan largo que ni siquiera puede ella fijar su duración. Fué á alojarse á una casa de las hermanas de la Caridad, y allí dando gracias á Dios por la manera milagrosa con que la había sacado de la persecución, teniéndose por feliz en haber tenido que llevar su cruz como su divino Maestro, ya no pensaba más que en servirle con una vida humilde y oculta, cuando fué mandada á llamar por el señor arzobispo de Posen, quien la previno hiciese una relación circunstanciada de todo lo que había pasado durante el largo martirio de las religiosas de su orden. Obedeció ella, y según iba hablando, un secretario del arzobispo iba escribiendo sus palabras. Luego se la leyó lo que se había escrito, se la preguntó si reconocía haberse explicado de una manera conforme á lo que ella entendía, y contestado que hubo afirmativamente, después de haberla hecho jurar, con la mano sobre los Evangelios, que ella había dicho toda la verdad y nada más que la verdad, se la mandó firmar su deposición escrita. Firmóla después el arzobispo y después la firmaron las demás personas que habían oído la relación hecha por la abadesa Macrina, y esta deposición sellada con el sello del arzobispo fué enviada á nuestro Santísimo Padre el Papa Gregorio XVI.

Se creyó que las dos primeras ciudades de la Europa católica, París y Roma, debían ver á la abadesa de Minsk, debían oír de sus labios la relación de su martirio y del de su comunidad; y la abadesa de Minsk fué enviada á París y después á Roma. El jueves 6 de noviembre de 1845 fué admitida en audiencia por el Papa Gregorio XVI, habiendo ella pa-

sado en ayunos y oraciones los días que precedieron á esta solemnidad. Ella hizo al Pontífice la misma relación que arriba hemos hecho. Asombrado dolorosamente el Papa al oírla, exclamó: «¿Es posible que se hayan cometido tantas atrocidades y que Nos nada hayamos sabido?» Por el pronto quiso dudar de que el emperador tuviese noticia de todas las violencias que en su nombre se cometían; pero cuando la abadesa de Minsk le dijo que la esposición que ella había dirigido á San Petersburgo había sido remitida á Siemaszko con estas palabras escritas al márgen por el emperador: «Santo y venerable arzobispo, lo que habeis hecho es venerable y santo; yo apruebo lo que habeis hecho y lo que hiciéreis,» ya no fué posible la duda (1) (a)...

Esperemos que la Polonia, corregida por tantas pruebas, purificada y regenerada por el destierro y el martirio, resucitará digna de sus más hermosos días, y reunirá sus miembros esparcidos entre el Austria, la Prusia y la Rusia, y vendrá á ser un gérmen de bendición para la Rusia misma, como la Iglesia de Dios no cesa de serlo para el mundo, el cual á su vez no cesa de perseguirla desde hace cerca de diez y nueve siglos.

(1) *Martirio de Sor Irene Macrina Mieczyslaska y de sus compañeras en Polonia.* Cuarta edición. París, Gaume y hermanos, 1846.

(a) Hemos copiado y traducido lo que dice nuestro autor acerca del martirio de las citadas religiosas; eso mismo repitieron entonces no pocos periódicos, y aun en EL CATÓLICO hablamos más de una vez de ello; pero lo repitieron también los periódicos revolucionarios, y así por esto, por el odio que estos profesaban al emperador Nicolás á quien querían desacreditar, como por lo imposible que parecía que tales atrocidades se cometiesen en Europa en el siglo XIX no faltaron también quienes dudasen de los hechos denunciados, quienes creyesen que si algo hubo, lo exageraba el espíritu de partido y la odiosidad que se pretendía inspirar contra Rusia. Hemos creído deber hacer esta advertencia á nuestros lectores; ahora ellos podrán formar mejor su juicio. Hemos oído que Sor Macrina sigue todavía en un convento de Roma. De las demás compañeras suyas no tenemos noticia se haya publicado nada de su paradero. (N. del E.)

Dos gobiernos de naciones católicas, la Francia y el Austria, habrían podido intervenir útilmente para el servicio de Dios y de su Iglesia, primeramente en Suiza, en el corazón de Europa, y después en sus estremidades, y merecer de este modo las bendiciones del cielo y de la tierra, á semejanza de Carlo-Magno; pero esos dos gobiernos creyeron más hábil dejar hacer, dejar que la anarquía de abajo y la anarquía de arriba fuese minando hasta los últimos cimientos de las sociedades humanas, persuadidos de que ella se dignaría perdonar les á ellos sus tronos. La esplosion del volcan los despertará á uno y á otro en 1848, bastante pronto todavía para que aunque con gran trabajo pueda salvarse el gobierno de Austria, pero sobrado tarde para el de Francia. El jefe de este último gobierno era entonces el jefe de la familia de Orleans, era Luis Felipe.

El advenimiento de la familia de Orleans al trono de San Luis, de 1830 á 1848, no dejará en él todos los funestos recuerdos que hubieran podido temerse. Luis Felipe pareció más capaz de reinar que muchos de sus predecesores. La fama inmoral de su padre Felipe-Egalité y de su bisabuelo el regente, la ha cubierto con una fama contraria. Su numerosa familia se ha mostrado generalmente unida y cristiana. Dos matrimonios mixtos entristecieron á los católicos de Francia; y la Providencia se manifestó de una manera que puede servir de lección. En 2 de enero de 1839 la princesa María muere en Pisa, no tanto de enfermedad como de dolor, al verse engañada en sus esperanzas y al venir á ser madre, no de un hijo de San Luis, sino de un protestante wurtembergués. Hé aquí los términos en que el presbítero Della Fanteria, vicario general de Pisa, dá cuenta de los últimos momentos de la princesa:

«El 12 de diciembre, después de su lle-

gada de Génova, uno de los primeros cuidados de la duquesa fué invitarme por medio de su dama de honor la baronesa de Spitt á que dijera por ella una misa en la catedral á una hora determinada para asociarse á ella con sus oraciones. Me conformé con este deseo, y algunos días después me hizo la baronesa una visita y me encargó estuviese con cuidado y dispuesto, en atención á que la princesa estaba haciendo preparativos para sus ejercicios de devoción. El 4.º de enero, á las siete de la mañana, se me envió recado de que pasase á casa de la duquesa; esta hizo por levantarse y ponerse en un sofá, y este esfuerzo y particularmente el celo de su Alteza Real, que conocía á fondo el acto importante que iba á hacer, la ocasionaron un desmayo al principio de la confesión. Luego que la princesa volvió en sí, confesó y comulgó.

»La noche siguiente estuve de vela al lado de su cuarto. No me mandó llamar; pero habló de su confesión en términos que denotaba cuánta satisfacción la había causado aquel acto. Al otro día por la mañana, quiso verme; se confesó otra vez y me dijo que conocía muy bien su estado, que no estaba apegada á la vida sino por su amor á su esposo, á su hijo y á su familia, y sobre todo á su buena madre; y finalmente por el amor de Dios, en particular para con su esposo de quien esperaba pasase al gremio de la Religión católica, después de lo cual moriría contenta.

»S. A. R. estuvo largo rato hablando conmigo acerca de la Religión, de la piedad, de la bondad y del amor de Dios, de la nada de las cosas terrenas y de la bienaventuranza eterna. Propúsole entonces recibiese el Sacramento de la Estremaunción y la absolución pontificia; aceptó ella al punto y en el mismo día recibió una y otra con la más tierna piedad, y después me rogó la hablase nuevamente de cosas relativas á la Religión y

al estado en que ella se encontraba. Habría pasado como una media hora, cuando se notó algún movimiento en el cuarto de la princesa; corrí á su lecho, y la hallé tranquila, si bien encontré vivamente afectadas á todas las mujeres que allí había. Me dijo que estaba suplicando á su esposo que se hiciese católico.

»Yo me retiré y me puse á orar. Desde aquel momento hasta su muerte, pareció circundado de una aureola divina el rostro de la princesa, tanto que tenía admirados á todos los que la asistían. Ella les dirigió palabras las más justas, las más verdaderas y religiosas, y repitió muchas veces á su esposo en los términos más amables y expresivos que era preciso la prometiese hacerse católico y educar perfectamente á su hijo. Dijo al duque de Nemours, y le encargó lo repitiese á sus hermanos, que fuera de la Religión no hay verdadera felicidad y que sin ella todo es nada.—Vosotros que no conocéis la piedad, dijo echando una mirada á cuantos allí había, ved lo que es la Religión. Yo era feliz, tengo veinte y cinco años; pero sé morir y muero contenta. Dios me habrá perdonado mis pecados y me concederá la eterna bienaventuranza, porque siempre le he amado.—En este estado permaneció unas tres horas. Los que la asistían estaban profundamente conmovidos; pero la princesa estaba tranquila, y aun algunas veces se sonreía; no quería me apartase yo de la cabecera de su cama. Cuando su esposo la dirigía la palabra, rehusaba dulcemente responderle y se signaba con la cruz.

»Imprimió sus últimos ósculos en el crucifijo y volvió hácia el cielo sus últimas miradas; me preguntó si podía tener la certeza de ir al seno de Dios, y respondiéndola que en mi concepto el cielo se abría para recibirla, levantó los ojos con enternecimiento, y en aquella actitud permaneció hasta su muerte, que fué á las ocho y cuarto. Jamás había sido

yo testigo de una muerte tan edificante. La calma, la fuerza de alma, la sonrisa angelical de la duquesa no podían proceder sino de un profundo sentimiento religioso y de una gracia particular de Dios para un alma cuyo lugar estaba marcado entre los bienaventurados (1).»

El hermano mayor de la princesa María, el duque de Orleans, heredero presuntivo del trono, se había casado con una princesa protestante de Mecklemburgo, de la cual un tío y una tía habían poco antes abrazado el catolicismo aun á costa de los mayores sacrificios. Esperábase que la sobrina siguiese su ejemplo, al menos al ver que entraba en la posteridad de San Luis, y que tendría bastante buen sentido para preferir el Dios de San Luis, Dios tan bueno que mejor no puede haberle, al Dios del apóstata Lutero, Dios tan malo que no puede haberle peor, puesto que castiga á sus criaturas por el mal que él mismo obra en ellas y que ellas no pueden evitar; créase, en fin, que la nueva duquesa de Orleans comprendería una cosa tan sencilla, así como muchas otras; pero no tardó en notarse lo contrario. La Francia católica, que impidió á Enrique IV, mientras fué hugonote, subir al trono de San Luis, aunque era de su raza; la Francia católica veía con disgusto aproximarse al mismo trono una hugonota estrangera, venida de Alemania. Y hé ahí lo que desvió los corazones para que no se adhiriesen á una familia, hácia la cual, sin embargo, los atraían algunas virtudes y buenos ejemplos. En cambio, la bandera protestante se insinuaba por todas partes con aire de triunfo. En muchas poblaciones donde los protestantes no llegaban al número marcado en la ley para poder tener un solo ministro de su culto, obtuvieron fácilmente

(1) *Ami de la Religion*, de Paris, de 29 de enero de 1839.